

IV - Caballero de la Oscuridad

- Pero Fernando, amore; este es un antro de perdición peligrosísimo... - dudaba la condesa Villaverde.
- ¡Entremos pues!
- Ay no estoy nada segura cariño...
- La vida es un teatro mágico, es un safari de la ilusión. ¡No tengas miedo querida!

De esta forma Fernando el gran actor, en pleno siglo de las luces, entraba con su amante la condesa en un local clandestino cerca del puerto de Barcelona.

Ella horrorizada abría sus ojos como platos al pasar por los apartados que contenían cómodos futtones coloridos en el suelo, rodeados por cortinas orientales semitransparentes. La gente fumaba en pipa algo que le traía un chino pintoresco, otra gente bebía absenta, otros se acostaban en tríos. Ella cubría su cara delicadamente con el pañuelo de seda inmaculado, no quería arriesgarse a ser reconocida allí.

- Pero, ¿no es aquel monseñor Cárdenas? ¿Y esa chiquilla..? Ohh

Fernando no dejaba de asombrarse del cinismo de la señora; ella una adúltera se sorprendía y pretendía ruborizarse ante los deslices ajenos; hay quien solo ve la paja en otros ojos.

- Vamos a aquel que está vacío.
- ¿Señor, usted me ama?
- No te puedo decir nada que quieras oír, así que mejor, ¡callémonos!

Y agarrándola de un brazo se sumergieron en la privacidad compartida de las cortinas transparentes.

Viudo 3 veces y aún en la flor de la vida, la daga de hielo amenazaba de nuevo su pobre corazón, cansado ya de tantas arremetidas. El caballero de la oscuridad la empuña con orgullo, porque sabe que nunca morirá y siempre estará mientras exista la soledad.

La vida debería ser como un libro, tan simple como dar vuelta la página y seguir avanzando. Es más, Fernando estaba convencido de que cuando seamos capaces de hacer de nuestras vidas una obra de arte, ya no necesitaremos del arte para evadirnos. ¡Ni a los artistas como yo!

Cuando se subía al escenario su máscara se caía, nunca al revés. El teatro era su verdadera vida. Según los críticos, él constituía todo un referente de la comedia neoclásica, en el intento de este movimiento estético por derrocar al Barroquismo. Marcó historia con obras como *La Petimetra*, de su amigo el dramaturgo y poeta Nicolás Fernández de Moratín.

Fuera del escenario, él también actuaba como en un sainete. Pensaba, y así lo profesaba, que los pequeños detalles con las personas de nuestro entorno; como los gestos de aliento o las sonrisas en momentos cruciales, son lo más importante. Realmente pueden difundir mucho ánimo o derrumbar a una persona.

Aunque reconozco que en el fondo, muy en el fondo, todas las acciones importantes que hacemos es por egoísmo. Para impresionar a alguien o a nosotros mismos. ¡Siempre he sido un egoísta!

Ahora desde la cárcel, disponía de más tiempo para meditar. ¡Preso por actos indecentes! Por drogas y prostitución... Las gacetas se cebaban en su caso, aunque ya estaban más que acostumbrados a sus escándalos este último sobrepasaba toda expectativa.

El jueves pasado, después de la función, cayó una redada en el local del puerto y fue pescado con opio entre 2 prostitutas menores de edad. ¡Pero si parecían de 25!

- Tuve mala suerte – le afirmaba a su abogado el detenido.
- ¿Solo lo llevaron a usted? Es raro...
- Bueno, ahora lo hecho, hecho está – siempre tan pragmático.
- Sin duda... - carraspeando. Entonces, ¿ha pensado ya que va a hacer?
- ¡La prisión o alistarme en el ejército! Menuda alternativa tengo yo.
- En el juicio no tendrá atenuantes Fernando, el caso es clarísimo.
- ¡No quiero ir a la cárcel! Bajo ningún concepto...

Es una oportunidad para aspirar a héroe, pensaba. Una campaña militar, allí encontraré quizás otro escenario digno de mi interpretación. Las tropas del Rey Carlos III estaban reclutando voluntarios, y el rey ofrecía salvoconducto a delincuentes primerizos. En su momento sabría que iba a ser destinado a la expedición contra Argel con el fin de conquistar la ciudad. Nadie sabrá que solamente lo hago para escapar de la ignominia de la cárcel.

Al partir rumbo al frente declaró que, textuales palabras: “Es ante las circunstancias adversas donde se demuestra el verdadero valor de un hombre. Por eso llega el momento en la vida de todo caballero, cuando debe escoger si quiere pertenecer a los débiles, ¡o a los fuertes!” Y no conforme con ello, también que: “La fuerza de la vida está en la voluntad de supervivencia, tanto a nivel colectivo para un pueblo o nación, como individual. Sin esta voluntad simplemente se cesa de “ser”.

El conde Viilaverde tenía setenta años, se hacía el tonto.

Hacía un año que había asistido con su mujer al funeral de la prima de la condesa, la última esposa del famoso actor. Lady Laura era una flor joven, hija única del matrimonio de la tía María Soledad con un lord inglés. Quiso el destino que ella se marchara antes que sus padres. Madre primeriza, intentó dar a luz a unos mellizos varones que tampoco le sobrevivieron.

Fernando estaba sumido en la desesperación absoluta, no había amado a ninguna de sus mujeres como a aquella, y le fue arrebatada tan solo 9 meses después de la boda.

¿Estaría expiando antiguos pecados? La desidia con la que trató a su primera mujer, matrimonio impuesto por la familia. Raquel era pequeña y frágil, diríase de aspecto ratonesco con lisa cabellera castaña y sus dientecillos separados. No fue lo suficientemente fuerte como para resistir los sucesivos rechazos, las infidelidades a voces; y se fue consumiendo como una vela sin sebo.

La segunda, Beatriz, en vez de consumirse se mató a excesos. Bella actriz italiana, con ojos verdes de gata, rechoncha y con temperamento. Era lo opuesto de Raquel, por eso él la eligió en sus siguientes nupcias. Ocultaron a la opinión pública la enfermedad que se la llevó; la sífilis.

Fernando no planeaba encontrar un ángel después de estos descalabros, simplemente ocurrió. El ángel tocaba el violín en una cena familiar a la que asistió sin ser invitado. Pero ahora se había ido para siempre el único ser puro que pasó por su vida.

Miss Laura refulgía en sus 16 años recién cumplidos; la vista y posteriormente el recuerdo de sus largos bucles rubios y ojos miel inspiraba las escenas de amor de Fernando sobre las tablas, y fuera de ellas también. Delgada y pálida, a pesar de su pecho de muchacho transmitía una femineidad llena de dulzura a quien tuviera la suerte de verla de cerca. Con ceñida cintura de avispa caminaba como flotando, era un ángel que no estaba destinado a deambular largos años por tierras profanas.

De conversación comedida, ¡tan diferente al resto de mujeres que él estaba acostumbrado frecuentar! Discreta en sus palabras, el simple hecho de estar sentado a su lado en silencio le hacía sentir pleno, no necesitaba nada más. Tras seis meses de célibe cortejo el galán consiguió la promesa de su blanca mano. Se sintió cambiado por rara alquimia, era un hombre nuevo dejado los vicios atrás.

Pero ahora el escenario de su vida había cambiado drásticamente, el telón se había bajado de golpe y vuelto a levantar reclamando la reposición de antiguos papeles. El don había sido otorgado y retirado con la impunidad de un tribunal imparcial.

La condesa se acercó a él encandilada, creo que todavía no he mencionado que Fernando era de un atractivo fenomenal... Ella trató de disimular su rubor, pero a pesar de lo inapropiado de la situación se juró a si misma aquella tarde de funeral que ese hombre sería suyo. No se equivocó, pero solo lo fue en cuerpo...

Ella odiaba sus evasivas cuando le preguntaba:

- ¿Señor, usted me ama?
- Un soplo no dura más que una bocanada de aire en la boca, es imposible que le pidas más que esto – le decía modo de respuesta, casi con desprecio.

Es curioso como las personas muchas veces, por contradictorio que parezca, terminamos odiando a quienes nos ayudan. Entonces cerraba los ojos y la besaba, pero

pensaba en Laura; las emociones son efímeras, los sentimientos perdurables.

El conde los hacía seguir, y hasta puede decirse que se recreaba sensualmente con los pormenores de la aventura. Una mujer treinta años menor que él tenía sus necesidades, esto él podía entenderlo perfectamente. En aquella época no existía el Viagra.

Pero este affaire se estaba prolongando más de lo habitual; incluso creyó sorprender varias noches en su cama la presencia del fantasma del actor, y en los ojos de la mujer durante la vigilia. Empezaba a sentir temor de perderla, no obstante el temor debilita, y lo sabe tu enemigo. El conde sabía que la única lucha perdida es la que se abandona.

Solo tuvo que mandar una larga carta a un amigo en la prefectura para ponerle punto final al tema.

Su madre fue a visitarlo para evitar que se fuera al frente, con lágrimas en los ojos trató de convencerlo; tenía miedo a la guerra.

- Pero madre, esto no es una guerra... No hay guerra; como mucho alguna batalla...
- ¡Siempre hay guerras! Aunque a veces no se les llame así.
- Volveré sano y salvo madre; ¿qué de malo me podrá ocurrir?

Para ella su hijo seguía siendo aquel niño robusto y despreocupado que correteaba por toda la casa y los jardines; siempre alegre y dispuesto a brindar su energía a toda causa que le atrajera lo suficiente y embarcar en ella a sus 3 hermanos varones; Fernando era el mayor.

Una de sus ocurrencias más osadas había sido la búsqueda del mapa del tesoro; se suponía que en la casa un honorable antepasado lo había ocultado en alguna parte, contaba el abuelo. Fernando había desplegado un operativo digno de un estratega militar; durante años los niños soldados se embarcaron en una búsqueda minuciosa para no dejar un centímetro sin explorar. Pero como es lógico se cansaron llegado un día en que les importaba más otro tipo de persecuciones.

Su madre le tranquilizaba: “Será que no es para vosotros el descubrirlo, aún no será tiempo”.

Solo quedó buscar en la fuente, la fuente del patio interior.

La cocina era enorme y cálida, su sitio favorito de la casa. Desde los once años se escapaba allí, además de la calidez y el olor a comida disfrutaba la vista; la vista de las faldas y los escotes de las sirvientas. Unas rollizas, y otras más flacas; pero todas adorables por igual.

Solía entrar casi a hurtadillas y sentarse en el roído taburete de madera situado al lado de la puerta. La cocina era un cuadrado perfecto, con los fogones y hornos a leña en la zona izquierda, el techo negro de carbón. En la pared que enfrentaba la puerta, se encontraba la mesada de mármol gris, para cortar carnes y vegetales, siempre manchado de algún jugo; a un lado los cubos con agua para lavarlos.

En el centro había una gran mesa de madera noble, donde se apoyaban las comidas preparadas y comían los criados. En la pared de la derecha, colgaban toda clase de utensilios y ollas, sartenes y cubiertos; ricos en metal y formas.

A los quince, el adolescente empezó a frecuentar también las demás dependencias del servicio: la despensa (tuvo su primera experiencia entre las ristras de chorizos con la hija del ama de llaves); la lavandería (sobre las piletas de fregado con María del Huerto, la esposa del jardinero); y por supuesto las habitaciones dormitorio (aquí hemos perdido la cuenta).

A los dieciséis ya contaba con metro ochenta de estatura, espaldas anchas y fuertes, brillante cabello negro azabache y unos ojazos azules coronado por largas pestañas de infarto.

A los dieciocho, sus padres abrigaban el sueño de ingresarlo en la Facultad de Leyes de Madrid, y así lo hicieron. Durante el año de estudios en la capital, el joven conoció a quien sería por siempre su mejor amigo, en una noche de juerga. Nicolás estaba empezando a ejercer de abogado en Madrid, pero faltaba poco para que se convirtiera en dramaturgo de moda.

Fernando conoció hermosas aspirantes a actrices, bailarinas... Pronto dejó de lado el código civil a favor de las cuartillas de teatro; Nicolás estaba convencido que poseía un don natural para las tablas, no las de la ley; y ni que hablar de su imponente aspecto.

El precio que tuvo que pagar ante sus padres por seguir su sueño, fue aceptar el casamiento con la pequeña e insignificante Raquel.

Fernando fue afortunado en la consecución de su sueño, y hasta en el amor durante nueve meses; no obstante le había faltado buscar en la fuente.